



CENTRO EDITORIAL ARTISTICO de Miguel Seguí ☿ Rambla de Cataluña, 151. Barcelona ☿ Precio: 4 reales.

Ayuntamiento de Madrid

Album Salón

Revista Ibero-Americana de Literatura y Arte

PRIMERA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA EN COLORES

Año III

BARCELONA, 1.º DE FEBRERO DE 1899

Núm. 35

Director-Propietario: MIGUEL SEGÚI

Redactor-jefe: SALVADOR CARRERA

COLABORADORES

Literatos: Miguel Alderete.—Rafael Altamira.—Vital Aza.—Víctor Balaguer.—Francisco Barado.—Pedro Barrantes.—Eduardo Benot.—Marcos Jesús Bertrán.—Eusebio Blasco.—Ramón de Campoamor.—Rafael del Castillo.—Mariano de Cavia.—Martín L. Coria.—Narciso Díaz de Escovar.—José Echegaray.—Alfredo Escobar (*Marqués de Valdeiglesias*).—Francisco T. Estruch.—Isidoro Fernández Flórez (*Fernanflore*).—Carlos Fernández Shaw.—Emilio Ferrari.—Carlos Frontaura.—P. Gascón de Gotor.—Enrique Gaspar.—Pedro Gay.—Francisco Gras y Elías.—José Gutiérrez Abascal (*Ka. abal*).—Teodoro Llorente.—José R. Mérida.—F. Miquel y Badía.—Eduardo Montesinos.—Magín Morera Galicia.—Conde de Morphi.—Gaspar Núñez de Arce.—F. Luis Obiols.—Armando Palacio Valdés.—Manuel del Palacio.—Melchor de Palau.—Emilia Pardo Bazán.—José María de Pereda.—Francisco Pi y Margall.—Jacinto Octavio Picón.—Miguel Ramos Carrión.—Angel Rodríguez Chaves.—Salvador Rueda.—Alejandro Saint-Aubín.—Antonio Sánchez Pérez.—Joaquín Sánchez-Toca.—P. Sañudo.—Autrán.—Eugenio Sellés.—Enrique Sepúlveda.—Luis Taboada.—Federico Urrecha.—Luis de Val.—Juan Valera.—Ricardo de la Vega.—Luis Vega-Rey.—Francisco Villa Real.—José Villegas (*Zeda*).—Baronesa de Wilson, y otros.

Pintores y dibujantes: Joaquín Agrasot.—Fernando Alberti.—Alvarez Dumont (Eugenio y César).—T. Andreu.—Dionisio Baixeras.—Mateo Balasch.—Laureano Barrau.—Pablo Béjar.—Mariano Benlliure.—P. M. Bertrán.—Juan Brull.—F. Brunet y Fita.—José Camins.—Ramón Casas.—José Cuchy.—José Cusachs.—Manuel Cusí.—Vicente Cutanda.—Enrique Estevan.—Baldomero Galofre.—Francisco Galofre Oller.—Manuel García Ramos.—Luis García San Pedro.—José Garnelo.—Luis Graner.—A. Gascón de Gotor.—Angel Huertas.—Agustín Lhardy.—Angel Lizcano.—José M. Marqués.—Ricardo Martí.—Arcadio Más y Fontdevila.—Francisco Masriera.—Nicolás Mejía.—Méndez Bringa.—Félix Mestres.—Francisco Miralles.—José Moragas Pomar.—Tomás Moragas.—Morelli.—Moreno Carbonero.—Tomás Muñoz Lucena.—Miguel Navarrete.—Jaime Pahissa.—José Parada y Santín.—José Passos.—Cecilio Plá.—Francisco Pradilla.—Pellicer Montseny.—Pinazo.—G. Pujol.—Román Ribera.—Alejandro Riquer.—Santiago Rusiñol.—Alejandro Saint-Aubín.—Fernández Sánchez Covisa.—Sans Castaño.—Arturo Seriffá.—Enrique Serra.—Joaquín Sorolla.—José M. Tamburini.—José Triadó.—Ramón Tusquets.—María de la Visitación Ubach.—Marcelino de Unceta.—Modesto Urgell.—Ricardo Urgell.—Salvador Viniegra.—Joaquín Xaudaró.—Fernando Xumetra, y otros.

Músicos: Isaac Albéniz.—Francisco Alió.—Federico Alfonso.—P. Astort.—Tomás Bretón.—Ruperto Chapí.—Alberto Cotó.—Federico Chueca.—V. Costa Nogueras.—Manuel Fernández Caballero.—Buenaventura Frigola.—S. García Robles.—Salvador Giner.—Manuel Giró.—Juan Goula.—Enrique Granados.—Roberto Goberna.—Claudio Martínez Imbert.—Luis Millet.—Enrique Morera.—Antonio Nicolau.—Cándido Orense.—Felipe Pedrell.—José Ribera.—José Rodríguez y Fernández.—Celestino Sadurní.—Francisco de P. Sánchez Cavagnac.—Joaquín Valverde.—Joaquín M. Vehils.—Amadeo Vives, y otros.

¡VIVA EL AGRADECIMIENTO!, por FRADERA.



—¡Si yo encontrara quien me diera cinco pesetas!... ¡No era noche la que iba a pasar!...



—¡Ay! Emilio, acuérdate que hemos sido condiscípulos... ¡Tengo mi mujer careciendo de todo!... ¡Mis hijos!...
—Sí, vamos, toma un duro y que hagas buen uso de él.



—Esta posturita al caballo... ¡Bravo, me lo cargué!...

Espacio disponible para anuncio.



LA VIDA

I

GRANDE y espesísima selva se extiende ante mí. Un riachuelo, partiéndola en dos, la fecunda. Los árboles entrelazan en lo alto sus ramas, formando red inextricable que apenas permite el paso de la luz. En el suelo, las plantas y los arbustos dificultan á trechos el paso y á trechos lo impiden en absoluto. Pájaros de toda especie, insectos de todas las familias pueblan el aire; saltan de rama en rama ó revolotean entre los troncos ó se paran sobre las florecillas silvestres. Reptiles y cuadrúpedos se arrastran ó corren por el suelo. Plantas trepadoras suben por los añosos troncos, revistiéndolos de pomposo ropaje. Los arbustos están cargados de fruto.

Estoy en plena naturaleza. La Vida brota por doquier, con exuberancia indescriptible. Quiero formar cabal concepto de ella. Vean los ojos, oigan los oídos y trabaje la razón.

Entre dos ramas de un mismo árbol hay tendida una tela de araña. Fuertes y sutiles hilos la ligan á la madera. En una de las ramas, con la pata apoyada en uno de los hilos, hay una araña, gruesa, esférica, pintado el cuerpo de rojo y amarillo. Está inmóvil. De repente, vibra el hilo en que apoya una de las patas. Lentamente, con infinitas precauciones, la araña, inimitable funámbulo, pasa por el hilo y va al centro de la tela. Allí hay una mosca que se ha enredado en la malla. Zumba, al verse prisionera y sacude la red. Vanos esfuerzos, que sólo sirven para aprisionarla más. Pero la araña la ha visto. Es de suponer que va á libertar á la cautiva. A ella se acerca. La toca delicadamente con la pata. La mosca zumba con angustia y hace esfuerzos tan potentes como inútiles. La araña abre las pinzas formidables. ¿Ha llegado el instante de la liberación? No; lo que sucede es una cosa inaudita. Aquellas pinzas han herido en vez de salvar. La mosca ha muerto, y su asesino chupa la sangre del cadáver.

No soy yo solo quien ha visto aquel crimen. Un pájaro lo ha presenciado, desde una rama cercana. Abre las alas, vuela, pasa rasando la tela-rama y de un picotazo atrapa al insecto. ¿Ha hecho justicia? Creo que no. Lo que ha hecho es una nueva barbaridad. A su vez, se come araña y mosca. Pero, ¿por qué se para tembloroso? ¿Por qué mira desde la rama al suelo? Es que, junto al tronco del árbol, aparece la cabeza de una serpiente. El reptil fascina al pájaro, asciende poco á poco, casi le toca con sus abiertas fauces. Quiere el pájaro volar. El miedo le hace caer. La serpiente alarga con rapidez la cabeza, coge al pájaro, cierra la boca, y lentamente parece que un grueso anillo baje de la cabeza al estómago. Satisfecha ó harta la serpiente, se arrolla sobre el suelo y queda inmóvil. De repente, á poco trecho, crujen las ramas bajas de un arbusto, y asoma la cabeza viva y feroz de un felino. La serpiente conoce el peligro; levanta la cabeza; busca la dirección que el felino trae; pero éste se ha lanzado sobre ella con rapidez, y antes de que pudiera apercibirse á la defensa, ha sido destrozada de un zarpazo.

En un momento he presenciado cuatro asesinatos. Empiezo á creer que la vida no es como la imaginaba.

En el mundo vegetal deben ocurrir cosas muy distintas. Veamos.

Crecían en un claro de la selva varios arbustos, lozanos y pomposos, cuando el viento llevó allí la semilla de un roble. La semilla germinó. Sus

raíces libraron debajo del suelo tremenda batalla contra las raíces de los arbustos. Estos fueron vencidos. El tronco del roble creció robusto, y sus adversarios murieron. La tierra no podía sustentar al mismo tiempo á uno y otros. Una violeta tiene clavada la espina de una zarza que crece á su lado, y la flor ha muerto de la herida. Los arbustos agostan la hierba que crece á su alrededor. Los árboles matan á los arbustos. La yedra y las lianas no enlazan amorosamente á los árboles que les sirven de apoyo, sino que les estrechan con abrazo de muerte. Debajo del suelo se libran encarnizadas batallas, tan feroces y desastrosas como las que sostienen los animales. El rumor confuso, continuo, que se escapa de la selva, no es un canto de gloria y de vida, sino de dolor y de muerte.

En el seno de la naturaleza, la propia vida se sustenta con la muerte ajena. El espectáculo dista mucho de ser consolador.

II

Los organismos vegetales y los de especies inferiores de la escala zoológica, ofrecen tremendo ejemplo. El hombre, constituido en sociedad, de seguro ha logrado substraerse á las leyes naturales, que no son nada clementes.

III

Más allá de la selva hay campos cultivados; detrás de los campos, hay una vega preciosa, y en el centro de la vega, por ella ceñida como por cinturón cuajado de esmeraldas, una ciudad.

Antes de penetrar en ella, de ella separados buen trecho, advierto tres edificios de grandes dimensiones. Uno de ellos parece una fortaleza, según lo recios que son sus muros y lo altas y estrechas y enrejadas que están las ventanas. Otro parece una fábrica. De su recinto se escapan voces infantiles; pero todas esas voces tienen un acento especial, como velado. Diríase que les faltan esas notas alegres, que tan claras suenan en boca de los niños. Del tercer edificio, salen á menudo coches mortuorios. Por las aberturas se escapan esos olores fuertes que tienen casi todos los desinfectantes. Antes de entrar en la ciudad, con sólo ver aquellos edificios,



saber su objeto y el cúmulo de miserias que encierran, queda apenado el ánimo. Aquellos edificios se llaman la Cárcel, el Hospicio, el Hospital. Entremos. Un centinela deja franco el paso. Al atravesar el umbral, me recuerda mi guía el famoso terceto:

Per me si va nella città dolente,
Per me si va nel eterno dolore,
Per me si va tra la perdutta gente.

— Aquí están reclusos más de dos mil hombres. Aquellos que en el rostro llevan retratadas la ferocidad ó la estupidez, de torva mirada, de atlética complexión ó desmirriados y entecos, son los asesinos; son los que han matado á sus semejantes, como el pájaro mató á la araña en mitad de la selva. Esos otros de cara astuta y cautelosa mirada, que no se fija nunca, son los ladrones, los que eluden la ley del trabajo que deben acatar todos los hombres, los que se apoderan, por la astucia ó por la fuerza, de lo que no les pertenece. Los de aquel otro departamento, son estafadores, rateros, camorristas, toda gente nociva á sus semejantes, plantas que viven desarraigadas, organismos enfermos, capaces de contagiar la sociedad entera. Y aquí dentro, purgan sus culpas y viven sin gozar de la vida, y siendo seres libres, carecen de libertad.

Salimos de aquel antro.

— Este es el Hospicio. Todos esos muchachos han sido abandonados por sus familias ó no las han conocido nunca. Hijos del acaso ó de la pobreza, limpios de toda culpa, tienen que padecer por las ajenas. Sometidos á un régimen de hierro, tienen comida, pero no cariño; tienen cama, pero no la mano maternal que les arrope; reciben instrucción — ¡cuán excasa! — pero ignoran los usos del mundo que les ha arrojado de su seno; tienen compañeros, pero no amigos, que la amistad no brota en ese terreno estéril y desolado; son hombres, pero no han sido niños; mueren como los demás hombres, pero no han vivido. Por eso no brilla nunca la

sonrisa en sus caras; por eso es siempre empañada su mirada; por eso en sus pobres rostros descoloridos se refleja de continuo la tristeza interna. Viven, y su vida no alegra á nadie; mueren, y su muerte á nadie entristece. ¿Hay en la selva espectáculo tan horrible?

Largo rato después de salir del asilo, veían todavía mis ojos aquellas hileras de caras terrosas, tristonas, sin expresión, con los ojos enrojecidos por las oftalmías y las frentes deprimidas por la imbecilidad, que en aquel sitio reviste caracteres epidémicos.

— Este es el Hospital. Aquí llegan los naufragos de todos los mares, los heridos de todas las batallas, los desamparados de todo el mundo. Ninguno de esos desdichados tiene techo que le cobije, médico que le remedie, mujer que le cuide, amigo que le conforte, hijo que le consuele. Todos viven en el seno de la sociedad como en el centro de un desierto. Como los animales salvajes tienen que estar siempre en acecho, siempre apercibidos á la lucha. Máquinas en ajenas manos, cuando la enfermedad les asalta, sobre estas camas numeradas deben tenderse; desde que los hacen, dejan de ser hombres, y se convierten en un número; manos mercenarias les cuidan; y no pueden, al morir, repasar la mirada sobre rostros ó cosas que les fueron familiares, sino que vaga, alelada por el espanto, en busca de lo desconocido. Los que no mueren, hallan aquí remedio, no afecto; reposo, pero no calma; alimento para el cuerpo, no para el alma, que de él está sedienta.

Terminaba el día. El sol se ocultaba en Occidente. Aquella muerte temporal que luego se trocaría en vida radiosa, al parecer de nuevo por Oriente, daba la clave de la Vida, siempre nutriéndose de la Muerte, acabando eternamente y renaciendo poderosa á cada instante, creando el mal y el bien, la claridad y la sombra, y abarcando en su síntesis, así los desmedidos espacios siderales que median de sol á sol, de planeta á planeta, como los espacios tampoco medidos que separan el átomo del átomo.

A. RIERA



EL GRAN CARDENAL

Pocos hombres públicos presenta la historia política de nuestra patria, á la altura del que origina este pequeño artículo.

Nacido en humilde cuna y modesto religioso de San Francisco, logró ocupar los más altos puestos de la Monarquía, sin más recomendaciones que su propio mérito, que supo reconocer y utilizar la excelsa Reina Católica, cuyo favor mereció toda su vida, pagándola con inalterable gratitud, y el más respetuoso cariño á su memoria. Entusiasta admirador de las instituciones, cuyo brillo y aumento procuraba ante todo y sobre todo, era tan enemigo de las franquicias y pretensiones exageradas de la ambiciosa y turbulenta nobleza, como de los fueros y libertades de los pueblos; no queriendo transigir con nada que tendiera á rebajar en lo más mínimo los derechos é inmunidades de la regia potestad.

Elevado á la más alta dignidad de la Iglesia española, no llegó jamás á envanecerse ni á hacer alarde de la suntuosidad inherente á tan suprema jerarquía. Tanto en su palacio arzobispal de Toledo, como en los alcázares regioes donde con frecuencia se vió obligado á residir, vivió según había antes vivido en la oculta celda de su convento. En la aparatosa mesa que por razón de su destino no podía prescindir de sustentar, nunca se puso para él más plato que el que contenía la ración de un simple religioso de su Orden; gastando las grandes rentas del Arzobispado en obras de caridad, aumento del brillo y esplendor del culto divino en las iglesias pobres, y en la protección á las ciencias y á las artes.

En el corto período de la regencia demostró Cisneros cuánto puede hacer en beneficio de la patria un hombre de genio, integridad y desinterés; prendas desconocidas, por lo común, entre los gobernantes de nuestros días. Arregló la desordenada administración pública, en cuanto le fué posible hacerlo, en una época de concusión y de padrinazgo por parte de los más altos poderes. A fin de contar en cualquier caso y momento con una fuerza armada, aguerrida y disciplinada, organizó los cuerpos de ejército permanente, en substitución de las milicias comunales y de los contingentes presentados por los señores feudatarios de la corona, cuyas tropas sólo se llamaban en caso urgente de guerra; gente cuya fidelidad era muy problemática durante la lucha, y cuya conducta producía trastornos y tropelías de todo género, cuando se quedaban sin colocación, y por consiguiente, sin medios de subsistencia.

Aunque se hallaba ya en la avanzada edad de 80 años, su alma era joven y sus

facultades intelectuales no experimentaban la más leve alteración; permitiéndole concebir ideas y formular planes propios de un varón político y guerrero, en todo el vigor de la edad madura. Por esto se encontró con fuerzas suficientes para ponerse á la cabeza de un ejército y pasar á Africa, donde, en muy poco tiempo, se hizo dueño de la importante plaza de Orán; iniciando así el gran pensamiento de su inolvidable protectora. Aquel primer y favorable ensayo debió causarle viva satisfacción; y á haber vivido más tiempo, de seguro no se hubiera limitado á él la extensión de sus conquistas.

Entre las fundaciones que llevó á cabo, estimulado por su ardiente amor á la religión y á la ciencia, digna es de eterna memoria y del esplendor de su nombre, la de la magnífica Universidad de Alcalá de Henares, émula de la salmantina, y cuya supresión es uno de los muchos borrones que manchan nuestra historia contemporánea.

Y al lado de este monumento, consagrado al cultivo de las letras divinas y humanas, en el siglo de oro de la cultura española, aparece, como complemento de la gloria del Cardenal, otro monumento artístico-literario, cual es la publicación de la *Biblia Poliglota*, obra colosal que admira aún á los sabios europeos, llevada á cabo á costa de inmensos gastos y de incalculables desvelos, y cuya parte material no se atrevería á hacer hoy la más poderosa casa editorial del mundo, á pesar de los adelantos en el arte de Guttenberg, arte que entonces sólo contaba medio siglo de existencia.

La muerte, originada más por la pesadumbre y los disgustos que la ingratitud del Soberano le produjeron, que por su avanzada edad y achaques; la muerte que le sorprendió en la villa de Roa el día 8 de Noviembre de 1517, cuando salía al encuentro de Carlos I, que, procedente de Bruselas, regresaba á España para encargarse del mando tan reiteradamente renunciado por el Cardenal; la muerte ahorró al sabio Francisco Jiménez de Cisneros el sentimiento de conocer los agitados y torpes principios del nuevo reinado, y los trastornos ocasionados por la desacertada marcha que siguieron los Ministros del inexperto monarca. Tal vez el Regente, con su tino, su experiencia y sus prudentes consejos, hubiera evitado los males que atrajo sobre el país la lucha civil de las *Comunidades de Castilla*.

LUIS VEGA - REV

EMILIO ACEVAL

PRESIDENTE DE LA REPUBLICA DEL PARAGUAY

« ¿QUIÉN es Emilio Aceval? » nos preguntaba días atrás un distinguido americanista que se halla de paso en Barcelona.

« Pues es, ... le respondimos, un modestísimo ciudadano del Paraguay que debe cargar en cuenta á su modestia la ignorancia que usted tiene de su persona; pero, afortunadamente, va usted ahora á París, y allí encontrará á don Eusebio Machain, el respetable diplomático paraguayo, representante de su país en Francia, España é Inglaterra, el cual, entusiasta por todo lo que á su patria se refiere, dirá á usted mejor que nosotros *quién es* el nuevo Presidente del Paraguay. »



Joven, ingeniero ilustradísimo, caballeroso hasta no poder serlo más, hombre de grandes virtudes cívicas y de grandes virtudes morales, patriota á la manera que lo son los paraguayos; tal es, trazada en forma ligerísima, la simpática silueta del actual Presidente del Paraguay. Discípulo en la niñez del sabio y virtuoso Padre Maiz, á los trece años se batía por su patria contra tres naciones en la célebre *guerra de la alianza*, y á los cuarenta apenas, érale ya confiada la cartera de Guerra y Marina por el anterior Presidente, general don Juan B. Egusquiza. Hoy cuenta el señor Aceval cuarenta y cuatro años, y es, si el repaso que hacemos á la memoria no nos engaña, el gobernante más joven de América.

« Iré al poder, ha dicho el nuevo Presidente, á gobernar con todos mis compatriotas íntegros, capaces y de buena voluntad, sin fijarme en su bandera política.

» Tengo por axioma, y no sin fundamento, que la obra de la reconstrucción nacional requiere la mayor suma posible de energía intelectual, la mayor prudencia en la elección de los medios, y un esfuerzo común del patriotismo.

» Mi administración comunicará un fuerte impulso á la producción agrícola, protegiendo su desarrollo, y multiplicando los medios de mejorar su calidad.

» Nuestro fértil territorio ofrece ancho campo á la actividad agrícola, y mi gobierno llamará con predilecto interés al colono que lo cultive y le haga producir. No hemos de olvidar que el asombroso adelanto de algunos pueblos de América, que parecen estar llamados á prodigiosos destinos, débese al concurso del extranjero.

» El secreto de nuestra fuerza material está en la colonización. Es el inmigrante quien levantará al Paraguay, regenerado y potente, de la prostración en que cayó. Convencido de esta verdad, mi administración ofrecerá segura vía á la corriente de la inmigración europea.

» Y sí tengo por cierto que sin la colonización, al Paraguay le será harto difícil levantarse de su ruina, no lo tengo por menos que nuestra fuerza intelectual debemos buscarla en las escuelas.

» Mi gobierno mejorará la instrucción primaria y completará la superior... El niño de hoy es el ciudadano del porvenir, y el Paraguay no será libre de verdad mientras no salga de la ignorancia. »

Ideas tan hermosas como las que dejamos copiadas reflejan con claridad el carácter del gobernante, sus anhelos patrióticos, su decisión y franqueza; cualidades de gobierno que más que en ninguna otra parte del mundo son necesarias para gobernar en nuestros pueblos de América. Y junto á esto, representa también la Presidencia de Emilio Aceval una garantía firmísima de las creencias del pueblo paraguayo; ese pueblo heroico que, según la fiel expresión de un escritor de aquel país, « en los días tristes de su gran infortunio histórico, salvó incólume la fe de sus mayores, para soportar las más grandes desgracias y esperar su regeneración y porvenir ».

El 25 del pasado Noviembre, día mismo, que el Paraguay celebra el aniversario de la jura de su Constitución, el general Egusquiza hizo entrega del mando supremo de la nación á Emilio Aceval, quien creemos seguro continuará la política seguida por su ilustre antecesor, tan fecunda en beneficios para el país.

Llega al poder, el nuevo Presidente, rodeado de una verdadera aureola de popular simpatía, en medio de una paz que no empaña la más ligera nube; y su proclamación unánime, tranquila, sin ni siquiera pequeños incidentes, como no se acostumbran ni se conocen en América, hácenos creer que muy en breve veremos al Paraguay de hoy, no al Paraguay de los Francia y de los López, sino al Paraguay de los Caballero, de los Escobar, de los Egusquiza, de los Aceval... caminar por verdaderos derroteros de prosperidad y grandeza; destruyendo con sus hechos, con su liberal hospitalidad americana, la leyenda, aun no desaparecida en Europa, de sus misterios, semejos á los misterios chinos, con sus murallas infranqueables, sus selvas vírgenes, sus desiertos fantásticos, sus grandes ríos inexplorados, sus *indómitos guaicurúes*, sus *guaraníes ferocísimos*... ¡y hasta sus *tobas del Chaco*!

Por esto, satisfácenos en tanta escala la designación de Aceval; porque, al llevar á término sus propósitos, hará del Paraguay un país conocido en Europa, como lo son sus vecinos Uruguay y Argentina; sin más títulos ni derechos al crédito y á la consi-



deración del exterior, que la mayor atención prestada por sus gobernantes á los problemas sociales de su porvenir.

Nuestros saludos, pues, y nuestra felicitación sincera á Emilio Aceval, por la honrosa confianza que en él han depositado sus compatriotas, y nuestra felicitación también á los paraguayos, por la justicia con que han procedido. El pueblo que así sabe honrar á sus hijos merece que se le salude con respeto, como lo hace hoy el ALBUM SALÓN, desde sus humildes columnas.

VIDAL APARICIO



LA MEJOR CORONA

De añejos tiempos cuenta la historia,
que, abandonando su excelsa altar,
al mundo un día bajó la Gloria,
buscando frentes que coronar.

Pronto, atraídos por sus destellos,
se congregaron al rededor
de la viajera, todos aquellos
que ambicionaban tan alto honor.

En busca de ella fué la hermosura,
los poderosos fueron también,...
y la nobleza, casi segura
de ver orlada su altiva sien.

Allá los héroes, allá los sabios;
todos, en alas de la ambición,
sus grandes méritos llevando en labios,
pedían... pronta coronación.

Nadie el deseo formuló en vano.
A cuantos fueron á pretender,
la egregia dama, con propia mano,
cibió coronas de gran valer.

Diademas de oro, sartas preciosas
de nacaradas perlas del mar,
frescas guirnaldas de blancas rosas,
laurel y mirto, jazmín y azahar.

Breve, muy breve fué su trabajo;
pues, no sabiendo decir que no,
cuanto del cielo consigo trajo,
en un instante lo repartió.

A volver iba ya á su morada,
tras ese rasgo de esplendidez,
cuando, de pronto, vió á una apartada
doncella, humilde, de hermosa tez.

Sencillo el traje, pobre el tocado,
en su cabeza ni un mal rubí;...
la Gloria, al verla, corrió á su lado,
y cariñosa la dijo así:

« ¿Tú solamente nada me pides?
¿Nada ambicionas de mi poder?
¿Y es en la tierra donde resides!
¿Eres un ángel ó eres mujer?

» Muy poco vales... ó vales mucho.
» De dónde vienes? ¿á dónde vas?
» ¿cómo te llamas? Habla, te escucho;
dime qué anhelas y lo obtendrás. »

Alzó los ojos al firmamento
la tierna niña, llenos de amor,
y contestóla con dulce acento,
como un arrullo de ruisenior:

» ¡Por qué te extraña que no te busque,
que nada impetre de tu bondad,...
si no hay riqueza que á mí me ofusque,
si no conozco la vanidad!

» Para qué quiero, Gloria, tus dones?
tal privilegio Dios me otorgó,
que, sin alardes ni ostentaciones,
mucho mejores los vierto yo.

Yo, al que navega sin rumbo cierto,
duda de todo, mira y no ve,...
para que encuentre seguro puerto,
la ardiente llama doy de la fe.

Yo, al que en el mundo llora á raudales,
en lucha siempre con el dolor,...
constante alivio doy á sus males,
con la esperanza de otro mejor.

Yo, á los que apenas tienden el vuelo,
dice la suerte, reid, triunfad;...
para que paguen su deuda al cielo
doy por amiga la caridad.

Con lo que tengo contenta vivo,
gano el sustento con mi sudor,
y á nadie envidio; pues no concibo
que haya en el suelo dicha mayor.

Aunque en el cuerpo no luzco galas,
las de mi alma no tienen fin;
de la paloma tomo las alas,
cojo violetas en mi jardín.

Sin que me adornen ricas preseas,
tanto prestigio llegué á alcanzar,
que oigo á mi paso: « ¡bendita seas! »
y en cada pecho tengo un hogar.

Como la aurora sus rayos de oro,
la dicha esparzo do quier que voy;
no hay impureza donde yo moro
ni impera el vicio donde yo estoy.

Para ensalzarme, los trovadores
tañen las cuerdas de su laud;
soy... la que inspira castos amores,
soy... la inocencia, soy la Virtud.

Tu ofrecimiento mucho me obliga,
mas cuanto he dicho la verdad es:
si bien me quieres, deja que siga
modesta y pobre como me ves. »

SALVADOR CARRERA



EL CARNAVAL EN LOS SALONES

TENTACIÓN

I

DE DON SEBASTIÁN Á SU SOBRINO

Madrid, 12 Febrero 189...

QUERIDO Mariano: Ya no puedo más; entre el jefe de mi partido y el ministro de la Gobernación van á volverme loco. Si apoyo al candidato recomendado por el primero, se me pondrá en contra lo mejor del distrito: ahí me obedecerán; pero, ¿qué prestigio será el mío después de haber hecho á sabiendas diputado á un aventurero? Si complazco al ministro, también seré protector de un tuno. No es posible decir quién anda más desacertado, si los que solicitan mi influencia en favor de dos partidos, ó yo, que tardo en mandarlos noramala. Por muy hecho que esté uno á respirar estos miasmas, hay cosas que revuelven el estómago. Lo que más me conviene, es dejarles iguales; así se vencerán, primero, de cuánto es mi poder en el distrito, y segundo, de que no me presto á combinaciones indecorosas. Sólo conseguiría salir del apuro, trayendo un diputado mío, de mi absoluta confianza; mas, antes de dar paso alguno, como Dios y tus padres te han hecho tan raro, empiezo por escribirte. Piensa que tenemos la elección segura, y que el único medio de que yo no quede enteramente mal con mi jefe y relativamente bien con el gobierno, es proteger á mi sobrino, es decir, á mi hijo, pues todo el mundo sabe que te considero como tal. ¿Estás conforme? Sé que la proposición te hará poca gracia, que perturbo tu vida, tus gustos, tus inclinaciones, y sin embargo... quiero que seas diputado por Hondonada. Además, ¿quién sabe? puede que se te despierte la ambición, y entonces,



Joaquín Xiró 37

NOTAS ARTISTICAS. — CABEZA DE ESTUDIO.

entre lo que vales y lo que puedo, ¡qué porvenir el tuyo! En fin, contéstame pronto, porque hay que aprovechar el tiempo. Esta es la vida. Lo que otros desearían tanto, te lo pide á ti como un sacrificio, tu amantísimo tío,

II

SEBASTIÁN

DE MARIANO Á DON SEBASTIÁN

Hondonada, 14 Febrero 189...

Querido tío: En flojo apuro me pone usted con su carta. Usted sabe la vida que hago aquí. Cuido de su hacienda, procurando y consiguiendo que sin perjuicio de pueblos, arrendatarios y colonos, cobre usted y aumente sus rentas cada año; y con el abrazo que me da, cuando viene por el otoño, considero pagadas cuantas molestias ocasiona el trabajo á que me obligo. El tiempo que me queda libre lo paso leyendo, estudiando, deleitándome en ignorar un poco menos cada día, devorando historias reales ó fingidas: en lo pasado aprendo, en lo presente escarmiento, gozo enterándome de los secretos que los sabios van arrancando á las ciencias... á esa ciencia bendita de la cual dicen ahora cuatro pensadores de sacristía que está en quiebra. En fin, soy de los que tienen fe en el progreso de la humanidad, y hasta escrito Humanidad con H mayúscula. Habrá quien diga que todo esto es soñar, que no tengo sentido práctico... pero estoy seguro de que no es usted de los que se rien de mí.

Además de cuidarle su hacienda y cultivar mi entendimiento, hago vida libre y alegre; como manjares sanos y sabrosos; bebo mejor vino que el que hurtaba Sileno á Baco; tengo caballo, escopeta y perros; á un lado monte, al otro llano, y por cualquier camino que tome, hallo quien me deba beneficio ó á quien yo me considere obligado; dos grandes dichas: la satisfacción de practicar el bien y la grata sinceridad de confesar el recibido. Acaso, como providencial recompensa, suelo también encontrar en aldeas y cortijos algún rostro bonito y algún talle airoso, que severos y esquivos para otros, son dulces y lánguidos para mí. En fin, mi existencia se parece á la de cierto hidalgo francés y provinciano, protagonista de una comedia antigua, que en la soledad de la aldea gozaba los espléndidos dones de la Naturaleza, y al mismo tiempo los que cultivando su entendimiento sabía procurarse. ¡Y quiere usted sacarme de aquí! Pero usted me ha servido de padre, le amo y respeto; y obedeceré. Si con haberme usted diputado sale del apuro, lo seré: cierto estoy de que no me impondrá nunca su voluntad en cosa injusta. ¿Verdad que no parece que hablamos de elecciones? Para terminar, usted dispondrá lo que quiera: yo, desde ahora lo acepto, seguro de que el mejor modo de servirle y honrarle, será no ir jamás contra mi conciencia. Adiós, tío, y crea usted que si no sirvo para eso, sé quererle á usted como un buen hijo.

Suyo,

MARIANO

III

Insistió el tío en su propósito y, como era todopoderoso en el distrito, Mariano se sentó entre los diputados de la nación, á despecho del jefe del partido y contra la voluntad del ministro.

Conocedor de la vida de Madrid, donde estudió la carrera y pasó largas temporadas, no necesitó hacer el aprendizaje de la vida cortesana. Bastóle, para no aburrirse, asistir á las sesiones, seguir el movimiento político y reanudar algunas amistades de antaño. En el Congreso, su conducta produjo general sorpresa: aquel muchacho, como decían más de cuatro murmuradores envidiosos, *desentonaba* con frecuencia. Echábanle en cara, que unas veces votaba con los monárquicos y otras con los republicanos; tan pronto con los conservadores como con los liberales; lo que ignoraban, era que no lo hacía por inseguridad de principios ni falta de lógica en los pensamientos, sino porque la confusión é indisciplina intelectual de los demás, eran causa de que la razón y la justicia, en que siempre se inspiraba, no fuesen patrimonio de bandería determinada; siéndole forzoso, para el acierto, tener en mucho la fidelidad á las ideas y en poco la opinión de los hombres: él era el consecuente, y los demás los extraviados. Llamáronle insubordinado, díscolo, revoltoso, todo, menos intrigante y tonto, mientras él seguía impertérrito, incurriendo en supuestas contradicciones y sacrificando la posibilidad del medro y la estimación del prójimo, ó la tranquilidad de su conciencia. Ello fué que, en pocos meses, adquirió reputación y personalidad; á unos era simpático, otros le miraban con recelo; quién decía que indudablemente era un taimado peligrosísimo y ambicioso; quién, que su conducta no pasaba de táctica burda para lograr algo determinado, y que, en consiguiéndolo, sería hombre tan vulgar como el que más; pero entre tantos, á fuerza de hablar de él y comentar sus actos, crearon en torno suyo una aureola, rara, mezcla de notoriedad y misterio, á consecuencia de la cual, no hubo tertulia donde no se le solicitara, familia que no le recibiera con los brazos abiertos, ni salón donde no fuese distinguido y obsequiado. Particularmente las señoras, más ó menos tales, hicieron prodigios de ingenio y amabilidad por atraerlo, hasta alguna de coquetería por rendirle; pero nadie pudo nunca afirmar, con fundamento, que el halago le hubiera envanecido, mareado la lisonja, ni las más tentadoras ocasiones hecho brecha en la serenidad apacible de su espíritu. Y sin embargo, había perdido en absoluto la tranquilidad.

IV

DE MARIANO Á DON SEBASTIÁN

Madrid, 29 Julio 189...

Querido tío: Cada día siento más que hayamos trocado los papeles. Presiento que usted, cuidando su hacienda, va á perder dinero, y yo, metido á político, voy á desacreditarme.

De dos asuntos, á cual más grave, tengo que hablar á usted. El primero, está proporcionándome grandes contrariedades, son sin cuento las impertinencias que me ocasiona; pero sin más que cumplir con lo que creo justo, saldré del paso.

He aquí de que se trata:

Estoy designado para formar parte de la comisión que ha de dar dictamen sobre el proyecto de ley relativo á la concesión del canal de Llanosco á la Empinada, y sé que varios diputados presentan un contraproyecto en que se varía el trazado de la obra. La opinión está dividida: es decir, en cuáles han de ser el punto de arranque y determinación existe plena conformidad. La discordia ha surgido en lo tocante á la dirección que el canal ha de seguir, y la diferencia está representada por una desviación de más de veinte kilómetros. He estudiado ambos proyectos, convenciéndome de que el primero es preferible, pues, con arreglo á él, pasa el canal por donde más falta hace, para fecundizar la región que atraviesa, en tanto que en el segundo se tuerce su curso, perjudicando á dos pueblos, sólo para que salga gananciosa una sociedad extranjera, amparada por cuatro intrigantes. ¿Va usted entendiendo? Componemos la comisión que ha de dar dictamen, y éste será inevitablemente aprobado, siete individuos: tres se inclinan á favor del proyecto, otros tantos á favor del contraproyecto. Mi voto ha de resolver la cuestión: y tratándose, como se trata, de una empresa que maneja millones... pues, figúrese usted lo que estaré pasando! Ya me han soltado varios perros echadizos, unos para

explorarme, otros para convencerme; estoy esperando de un momento á otro al que tenga la misión de comprarme. ¿Cuánto creerán que valgo? Le confieso á usted que siento gran curiosidad por saberlo.

Y vamos al segundo asunto de que le hablo á usted al principio. ¡Este si que es grave! A nadie puedo confiarlo sino á usted; ¿quién mejor ha de aconsejarme? Estoy enamorado: es decir, hay aquí una mujer, fíjese usted en que no digo una niña, hermosa, inteligente, de una de esas que llaman familias respetables, porque viven con lujo. Parece buena, ¿lo será? Ni lo sé ni creo que pueda saberlo ningún hombre, mientras no la posea; porque es tan lista, tan sagaz, tan rápida en adivinar el pensamiento ajeno y tan prudente al descubrir el propio, que no hay modo de coger lo que siente por lo que expresa, ni lo que calla por lo que disimula. Y sin embargo, no es hipócrita, ni parece falsa; á veces habla con tan desusada libertad, que sus frases causarían escándalo, si no estuvieran impregnadas de cierta ingenuidad encantadora. En ella, la malicia es ingénita, la picardía espontánea; mas, nunca brota de sus labios nada que sea deliberadamente inmoral ni perverso. Es hermosa sobre toda ponderación: de las que los poetas suelen llamar estatuas vivas; pero su principal encanto consiste en una elegancia de figura, movimientos, actitudes, gestos y posturas, que no hay modo de mirarla sin prendarse de ella. Así debieron de ser las que trastornaron al santo rey David y al sabio rey Salomón. La verdad es, que no parece mujer para un diputado como yo, sino para un monarca. Finalmente, una circunstancia me trae muy caviloso: sabe que no soy rico y se deja cortejar de mí, y no sólo dejarse cortejar, ha llegado hasta concederme alguno de esos honestos favores que, sin lastimar al pudor, hieren hondamente la sensibilidad, semejando anticipos reales de delicias que se antojaron soñadas. Se llama Susana, y debiera de llamarse Tentación.

¡Cuánto daría por saber el influjo que pueda ejercer en mi vida y hasta dónde sabrá desearla mi voluntad sin menoscabo de mi estimación!

Otro día le hablaré á usted más largamente de ella. Basta por hoy.

Suyo,

MARIANO

V

DE DON SEBASTIÁN Á SU SOBRINO

Hondonada, 1.º Agosto 189...

Querido Mariano: Seguiré con interés en los papeles la marcha de eso del canal...

Seguro estoy de que lo que tú hagas estará bien hecho. Pero, baza mayor quita menor; hablemos de Susana. Extraordinarios y excepcionales encantos deben de ser los suyos cuando ha logrado, no diré trastornarte, pero sí hacer que te expreses con tan fogoso entusiasmo. Te digo de esto lo mismo que del canal. Lo que resuelvas, será lo más acertado: de ello estoy seguro. Y por si puedo contribuir á tu felicidad, te autorizo, desde ahora, para que de mis rentas te reserves, si decides casarte, doce mil duros al año. Todo lo demás que tengo, será tuyo á mi muerte... á no ser que lo necesites antes.

Pero, créeme, no se lo digas á Susana: haz la prueba de averiguar si ama á David sin saber que es rey.

Adiós. Te quiere con toda su alma, tu tío,

SEBASTIÁN

VI

DE MARIANO Á SU TÍO

Madrid, 5 Agosto 189...

Querido tío: Esta será la última carta que le escriba á usted. Tengo el alma llena, juntamente, de la mayor satisfacción y la pena más grande que he experimentado en mi vida. ¿Qué rastro dejarán en mi corazón una y otra? Quizá la satisfacción se desvanezca con el tiempo y la pena se aumente.

Anteanoche hablé con Susana. Callando la generosa oferta que usted me ha hecho, y declarándole que unirse á mí era aceptar, acaso para siempre, una modesta medianía, le pregunté si sabiendo, como sabe, que la quiero, accedía á casarse conmigo. — «Piense usted — añadí — que está acostumbrada á todas las dulzuras de la riqueza, á todos los refinamientos del lujo, y que yo no reuno sino unos cuantos miles de pesetas al año.»

— «¿Nada más?» — preguntó con una sonrisa enigmática.

— «Nada más» — repuse, violentándome, para callar que era heredero de usted.

— «Pues mañana — replicó — recibirá usted la visita de un amigo y socio de mi hermano, que le hará una proposición, y si usted la acepta, como espero, yo aceptaré también la que usted me hace de ser su esposa.» — Y esto lo dijo tan despacio, con tal entonación, y al mismo tiempo, mostrándose tan deleitosa y codiciable, que sus palabras parecieron penetrarme en el cerebro, extendiendo por él misteriosos tentáculos, como si trataran de apoderarse de algo que me fuese esencial á la vida. No quiso que habláramos más, y me separé de ella, lleno de zozobra.

Ayer mañana, recibí la anunciada visita. Se presentó en mi casa un inglés, agente de la casa extranjera á la cual interesa la aprobación del contraproyecto de construcción del canal. Me dijo que, siendo mi voto decisivo en la comisión, si yo accedía á no entorpecer los deseos de la poderosa empresa que representaba, ésta se hallaba dispuesta á hacerme un donativo de veinticinco mil libras esterlinas; más, una cuantiosa participación en las ganancias. — «¿Tanto interesa á la empresa la aprobación del proyecto?» — le pregunté. — «Sí, señor; — repuso: — si las voluntades que hubiera que conciliar fueran varias, no podríamos arriesgarnos á semejantes ofertas, pero como se trata de una sola, no nos importa conceder á usted lo que hubiéramos de repartir entre varios.» — Con tal claridad se explicaba el caballero. Debí de poner cara de pocos amigos, porque después de lo dicho, y como quien quema el último cartucho, para contrarrestar la impresión que aquello me produjera, añadió fría y pausadamente: — «He olvidado advertir á usted, que he venido á verle después de consultar á su compañero de usted el conde de Restobán, hermano y tutor de...»

— «No hace falta que usted la nombre» — le dije. — Y con debilidad indisculpable, quizá hija de mi estupefacción, le despedí cortésmente. Confieso que luego, al verme solo entre las cuatro paredes de mi cuarto, tuve un momento de flaqueza; la verdad: era mucho dinero aquél, y es ella muy hermosa; pero pronto me rehice. Todo eso que le cuento á usted fué á las doce del día. A las tres y media, voté en contra. Adiós tío: no me obligue usted á permanecer aquí más tiempo. Mañana salgo para Hondonada.

Suyo,

MARIANO

JACINTO OCTAVIO PICÓN



¡QUE NO ME LA COMO, ABUELA! — Cuadro de C. ALVAREZ DUMONT.



EL CARNAVAL EN LAS CALLES

ANDALUCES ILUSTRES

A UN á riesgo de que se nos califique de apasionados, no vacilamos en afirmar, que una de las regiones de España más favorecidas por la naturaleza es la región andaluza.

Aparte de su cielo, en general sereno y puro, y de su suelo, dotado de asombrosa fertilidad, ha podido con justicia vanagloriarse siempre de sus hijos, entre los cuales figuraron y figuran varones de indiscutible mérito en todos los terrenos, principalmente en el de las ciencias, las artes y las letras.

Larga tarea sería la de recordar los nombres de aquellos que pagaron ya el común tributo á la madre tierra, muchos de los cuales ocupan un buen lugar en la historia; no arranca de tan atrás nuestro propósito, ni el espacio reducido de que disponemos lo permitiría, caso de que así fuera: nos concretaremos, por hoy, á unos pocos de los que en la actualidad honran á Andalucía, aprovechando la feliz coyuntura de contar con una Ilustración genuinamente española, como es el ALBUM SALÓN, que tiene á gala y por principal objetivo, enaltecer en sus hermosas páginas los timbres de la nobleza, el talento y la hermosura.

Figuran en ésta cinco retratos, correspondientes á otros tantos personajes, dignos por todos conceptos de que se les distinga y considere; pues pertenecen á la clase de los llamados á regenerar la España, dejada hace tiempo de la mano de Dios.

Rodríguez de Rivas, Domínguez Pascual, T'Serclaes y Vega de la



MANUEL A. DE LA RIVA



BARÓN DE LA VEGA DE HOZ

Hoz, fueron acariciados en su infancia por las brisas hispalenses; y de la Riva, por las gaditanas. Cada cual en su tierra se hizo hombre, y hombre de arraigo, de prestigio, al lado de sus paisanos, quienes, desde el más humilde al más halagado por la fortuna, adoran en ellos, como se adora á un hermano; porque

el calor de su mutua amistad, jamás interrumpida, engendró un cariño fraternal. Paladines briosos de los intereses de sus provincias, los defendieron á capa y espada con filial amor, pregonando con el entusiasmo

propio del convencimiento, las excelencias del suelo andaluz, en la tribuna, en el libro y en el periódico, siempre que pudo ser oída su voz, ó leídos los elevados conceptos de su pluma.

El Duque de T'Serclaes, mecenaz ilustre de las letras, eruditísimo



DUQUE DE T'SERCLAES

en materias bibliográficas, goza de gran respetabilidad dentro y fuera de la nación; habiendo merecido en diversas ocasiones las alabanzas y plácemes de sabios como Menéndez y Pelayo, el Conde de la Viñaza, el P. Mir y otros de no menos valía. Al Barón de la Vega de Hoz, prescindiendo de su cualidad de político distinguidísimo, se le puede aclamar como literato notable, y en fin, don Manuel A. de la Riva, don Anselmo R. de Rivas y don L. Domínguez Pascual, son tres esperanzas del pueblo meridional: el primero, por su cuantiosa fortuna, su gran instinto industrial y su honradez intachable, como representante de los jerezanos en las Cortes; el segundo, por su habilidad y conocimientos administrativos, que demostró desempeñando poco ha la Alcaldía de Sevilla y después en el Senado; y el último, por sus envidiables condiciones oratorias, y ser uno de los diputados más jóvenes y batalladores que ocupan los escaños del Congreso.

¡Loor á tan dignísimos próceres, orgullo legítimo de la andaluza tierra!

MANUEL SALVATELLA



L. DOMÍNGUEZ PASCUAL



ANSELMO R. DE RIVAS

EL ÚLTIMO AMIGO

LUIS de Monforte y Velázquez, Marqués de Campollano, era en Madrid lo que se llama un hombre á la moda.

Sus caballos ganaban siempre los primeros premios en las carreras donde se matriculaban, y *Lesbia*, su yegua favorita, un precioso animal *pour-sang*, se citaba con encomio en las reuniones de Otoño y Primavera, por los aficionados á la hípica fiesta.

Los derroches, las espléndidas juergas y las liberalidades del Marquésito de Campollano, se comentaban en todos los centros donde acudía la gente de buen tono, y los amigos pululaban cerca del aristócrata joven, prodigándole las más afectuosas frases, y girando vertiginosamente en la órbita de aquel astro que se presentaba derrochando el oro á manos llenas.

Los *sportmen* y los *clubmen* más conspicuos de la coronada villa, se mostraban ufanos con la amistad y compañía de Luis, procuraban seguirle en sus gustos, cultivar sus aficiones y hasta imitarle en sus trajes; y las ricas herederas más bellas y distinguidas suspiraban al pensar en el endiosado Marquésito, y dirigíanle miradas codiciosas, á través de los cristales de los gemelos, cuando el elegante millonario aparecía en su palco del Real.

Luis, sin embargo, no se preocupaba, al parecer, del efecto que produ-

cía; joven atolondrado y falto de esa amarga experiencia que proporcionan los años y las decepciones, recorría, lleno de ilusiones, la dorada senda que la veleidosa suerte le ofreciera, sin más pensamiento que saborear los placeres que proporcionan el dinero y la juventud.

Algunas noches, al retirarse ya de madrugada á su lucido gabinete de soltero, melancolía profunda invadía su sér, y gozaba en las caricias que le prodigaba *Ster*, su perro favorito; un hermoso y corpulento danés, que le acompañaba desde la puerta de entrada, agitando la cola y lamiéndole cariñosamente las manos.—Muchas veces impacientábase el Marquésito con las caricias de aquél, y pagaba con un golpe su lealtad; el pobre animal gemía dolorosamente y retirábase mohino á algún rincón.

Infausta noticia esperaba á Luis, cierta noche, al regresar á su elegante domicilio.

El litigio que su familia sostenía largos años con el Conde M... había-se terminado.—¡Pero de qué manera!

Todos; absolutamente todos los bienes que constituían el Marquesado de Campollano, debían pasar á su afortunado contrario; y para pagar las costas é indemnizaciones del larguísimo pleito, apenas bastarían á cubrir la mitad, las joyas y objetos de arte del Marquésito.

Luis pudo huir, tuvo tiempo de salir fuera de España, realizando antes lo suficiente para poder vivir con holgura... Así se lo aconsejaron no pocos amigos; pero un resto de orgullo de raza y de sentimientos caballerescos, le hizo desistir y rechazar el ruin consejo.

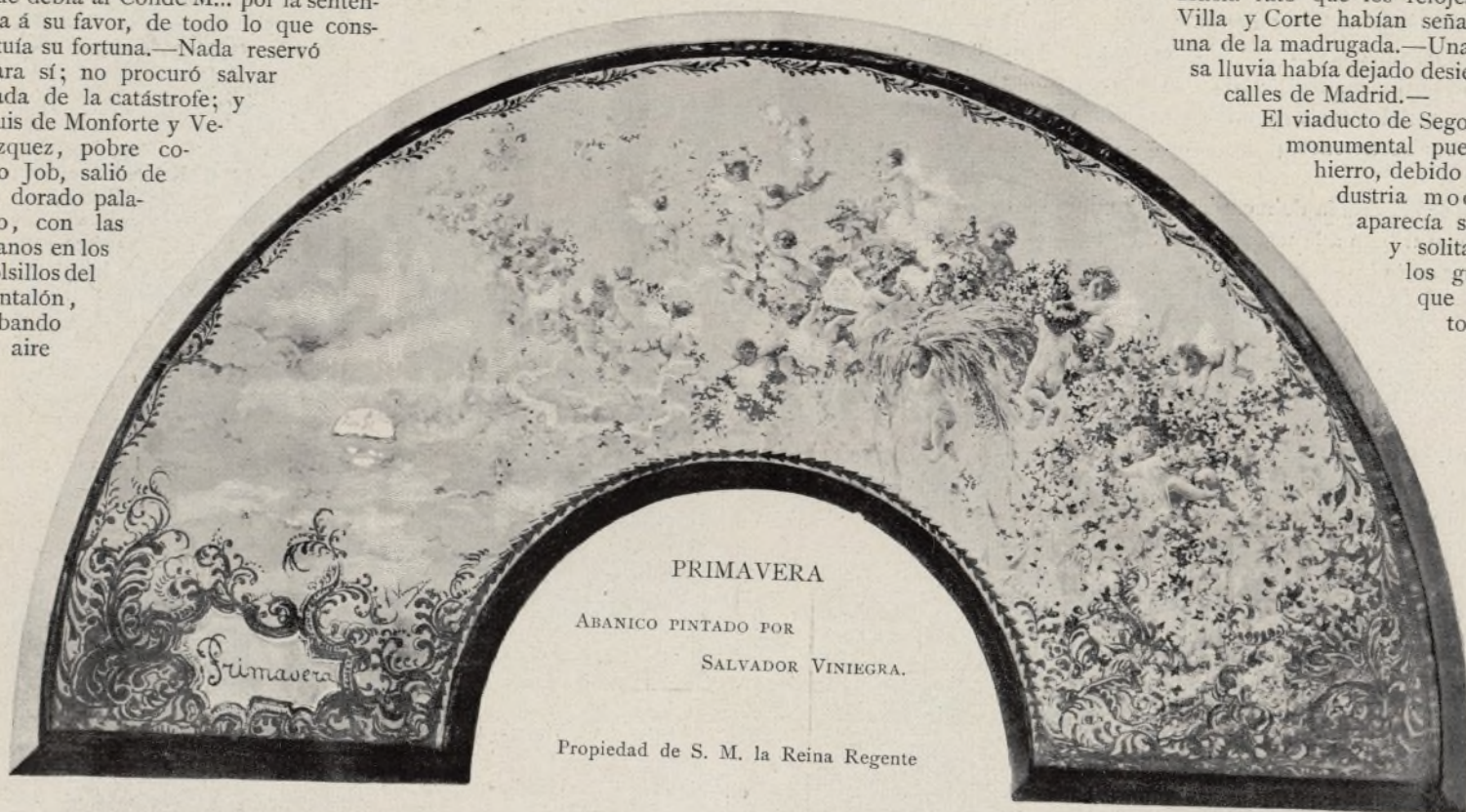
Una mañana, el Marqués de Campollano, llamó á un Notario, é hizo escritura de donación en pago de lo que debía al Conde M... por la sentencia á su favor, de todo lo que constituía su fortuna.—Nada reservó para sí; no procuró salvar nada de la catástrofe; y Luis de Monforte y Velázquez, pobre como Job, salió de su dorado palacio, con las manos en los bolsillos del pantalón, silbando un aire

de que las viesen dar su saludo á un hombre que llevaba el traje raído y el sombrero pasado de moda.

Esta es la sociedad moderna: agrupación de gente frívola y sin corazón, que no rinde vasallaje ni se prosterna más que ante el becerro de oro.

Hacia rato que los relojes de la Villa y Corte habían señalado la una de la madrugada.—Una copiosa lluvia había dejado desiertas las calles de Madrid.—

El viaducto de Segovia, ese monumental puente de hierro, debido á la industria moderna, aparecía sombrío y solitario; y los guardias que lo custodiaban habían



de caza, y fuese á pedir hospitalidad á su íntimo amigo el Duquesito de Z... el cual era siempre quien más cariño y lealtad habíale demostrado.

Apenas podía dar crédito Luis á lo anómalo de su situación.

Los amigos de siempre, aquellos alegres y entusiastas camaradas que tantas y tantas veces habían compartido sus ruidosas fiestas, apenas si le devolvían fríamente el saludo.

Sus compañeros en las carreras de caballos, en el teatro, casinos y demás centros de recreo, huían sagazmente su encuentro, cual si fuera un apestado; y cuando la casualidad hacía que se encontrasen frente á frente, formulaban una pueril excusa y abandonaban cobarde y vergonzosamente al endiosado amigo de otras épocas, temerosos quizá de que les demandase algún socorro.

Las jóvenes de la aristocracia, aquellas mismas que se disputaban sus miradas, hoy volvían distraídas sus ojos á otro punto, como avergonzadas

buscado refugio, contra la inclemencia del tiempo, en algún sitio cercano. Un hombre bajaba con paso rápido la calle Mayor; atravesó los Consejos, y entró rápidamente en el Viaducto.

Sin vacilar, acercóse á las barandas de hierro, trepó por ellas, y... haciendo la señal de la cruz, se dejó caer en el inmenso precipicio que forma la calle de Segovia.

Rápido como el rayo, un enorme perro quiso sujetar al suicida; saltó también sobre la baranda... mordió su ropa... hubo un momento en que se balanceó con él sobre el abismo... y al fin cayó, dando siniestras vueltas, acompañando en aquel supremo momento al Marquesito de Campollano.

El leal Ster, el perro favorito del joven, pagaba con la vida, la deuda de gratitud contraída con su amo.

Era el único amigo que restaba al desgraciado Luis.

MIGUEL ALDERETE GONZALEZ

HUYENDO DEL PEREJIL

EN la casa se conservaba entre los criados la tradición de que, á pesar del uso y abuso de jabones perfumados y toda suerte de cosméticos, encargados directamente á París por el perfumista, pero fabricados en Barcelona, no había logrado borrar de la yema del índice de la mano derecha las señales de las puntadas, recibidas cuando cosía camisas, que le pagaban á tanto la docena; tradición que no se perdía, porque, cuando se renovaba el servicio, que era con bastante frecuencia, los que salían cuidaban de enterar de ella á los que entraban. Doña María era buena, pero la afeaba el defecto de la vanidad, que la hacía insoporrible. Cuando tenía dieciocho años se enamoró de ella Jorge Romeral, nacido en San Martín de Provensals, de padres que habían venido á Cataluña en busca de trabajo, que no hallaban en su pueblo, uno de los más pobres de la provincia de Teruel. Salió el chico listo, aficionado á convertir en pesetas el sudor de su frente; entró de aprendiz en una fábrica, se ganó la estimación del mayordomo, que habló de él con elogio al principal, y á los veintiseis años, estaba en la sección de ventas, con el sueldo de cuarenta duros mensuales. Al que gana 200 pesetas al mes, ó sean 6'66 pesetas diarias con una fracción de céntimo, le está permitido enamorarse; y Jorge se enamoró de María, formalizó la petición de matrimonio, y al año bendecía la unión el señor cura de la parroquia de San Pedro, que era amigo del padre de la novia.

Los recién casados se establecieron en la calle de San Francisco de Paula, en un tercer piso que llegaba á modesto poniendo una gran dosis de buena voluntad los que lo habitaban; pero como los cuarenta duros no daban para más, con él se contentaron, y así fueron tirando seis años, hasta que á Jorge se le ofreció ocasión de entrar con participación en el negocio en una nueva fábrica, de cuya prosperidad fueron termómetro los cambios de casa del matrimonio. Después del primer balance, bajaron al piso segundo; al año siguiente se mudaron al primero; luego á un tercero de la calle de Balmes; después á un segundo del Consejo de Ciento, y por

último, á un principal de la calle de Cortes, donde se establecieron tan definitivamente, que Jorge acabó por comprar la casa á un indiano que vino á la península con mucho dinero y lo perdió todo en jugadas de Bolsa.

Como no hay felicidad completa en este mundo, amargó la de María la pérdida de su esposo, que murió cristianamente, recomendándola que cuidara mucho de su hijo Mariano. Algunos decían que el capital que dejaba el difunto llegaba á un millón de duros; pero la verdad es que se aproximaba á doscientos mil, cantidad sobrada para que con la renta conservase la viuda la casa montada como en vida de su marido, á quien había impuesto su voluntad, no sin algunas discusiones que á veces degeneraron en disputas, porque la prosperidad no había vaciado la sesera de Jorge para llenársela de humo, y se complacía en su humilde origen, á pesar de los berrinches de su mujer, que perdía la calma y daba suelta á la indignación cuando le recordaban que había cosido camisas á tanto la docena; jella que recibía los miércoles, no salía á la calle sin vestir sedas y encajes, aunque fuese á primera hora de la mañana; llevaba brillantes por valor de cinco mil pesetas en las orejas, y en los dedos sortijas tasadas en 7,522 pesetas con 63 céntimos; ella, que soñaba con adornar el marco de su retrato fotográfico é iluminado, con un escudo de nobleza!

Hay que saber que la nobleza tenía trastornada á la buena señora, con gran regocijo de la servidumbre, á la que trataba con desdén. Un día despidió á la cocinera, y ésta le dijo: — Se quedará usted sin el escudo de armas que hallé ayer en un papel en que el tocinerero envolvió la manteca, que á usted le venía pintiparado, pues consiste en un dedal, una aguja, un dedo que parece criba por efecto de los pinchazos, y una corona de ajos. — Doña María dió un grito, se escaparon de su boca rugidos, porque no acertaba á articular sonidos, y cayó desplomada en un sofá. Llamaron al médico, y le entró una calentura que por poco mete

en un ataúd las sedas, las blondas y los sueños de nobleza. Curó de cuerpo, pero la cabeza continuó tan enferma como antes.

Más serio fué el disgusto que tuvo cuando se enteró de que su hijo estaba enamorado «de una chiquilla, cuyo padre tenía un tenducho de no sabía qué ni en qué calle, ni le importaba saberlo, porque su Mariano podía aspirar á mucho y no lo había ella criado con tanto regalo para que se lo llevase la hija de un tendero». Llamó á su hijo, quien con mucho respeto le dijo que amaba á Josefina y con ella pensaba casarse, porque era buena cristiana, laboriosa... — La esposa de mi hijo no ha de trabajar, sino lucir lo ganado. — ¡Quién sabe! Mi padre, que en gloria esté, me enseñó á trabajar de niño. — Era muy bueno, pero tenía ideas extrañas. Yo hubiera querido que tú fueras de esos que hablan: abogado. — Podría ir ahora con citas de leyes, cuando se trata de telares, precios de la primera materia, mercados, giros, mano de obra. Si papá hubiera hecho lo que tantos otros, yo hubiera salido un abogado inútil y tenido necesidad de ceder la fábrica por falta de capacidad para dirigirla. Josefina será para usted una buena hija... —

Apoyó doña María ambas manos en los brazos del sillón, echó el cuerpo adelante y gritó: — ¡Jamás! — adverbio que puso término á la conversación, que no volvió á suscitarse; pero la madre observó que su hijo se ponía triste, comía poco, hablaba menos, y eso la alarmó; porque quería mucho á Mariano. Llamó al médico, quien le dijo que la enfermedad no estaba en la materia, sino en el espíritu; que había una medicina segura: casarle, y otra problemática: distraerle. ¿Casarle con Josefina? ¡Nunca!

Desechado el remedio seguro, quedaba el problemático. Doña María anunció á su hijo que había resuelto pasar el verano en un pueblo de la montaña, y como no la molestaba el calor, sino Josefina, con la particularidad de que no la conocía, á últimos de Mayo se empeñó en salir de Barcelona, acompañada de Mariano. Tres horitas en ferrocarril, dos en tartana y llegaron á un caserón, con escudo de armas en el portal, patio inmenso y fachada que recordaba tiempos y generaciones que pertenecen á la historia, á cuya vista se entusiasmó doña María, por lo que tenía de señorial. Lo había tomado en alquiler, pagando poca cosa, pues en el pueblo, lo poco era mucho. Visitó á la viuda el médico, propietario de la casa solariega, y doña María se quedó embozada al oír de sus labios que sus antepasados habían sido los señores del pueblo, que él era noble, y muy noble, según decían unos pergaminos que tenía encerrados en un arcón, que no había abierto hacía muchos años, porque con las guerras había quedado arruinada su familia, y en vez de vivir de trampas, había preferido vivir de su trabajo; y así él era médico del pueblo, en vez de ser señor como sus antepasados, y un su hermano se dedicaba al comercio, que le daba lo bastante para mantenerse sin hambre, pero también sin harturas, él y una hija, á quien irían á parar todas las tradiciones y pergaminos, ya que no las riquezas, porque se habían agotado, de la ilustre casa de los Mafortas. — ¡Quién diría, — añadió el médico riendo — que aquella joven que lo mismo ayuda á su padre detrás del mostrador que repasa la ropa y pone un puchero, fuese la descendiente de un compañero de armas del rey Don Jaime el Conquistador! —

Lo de poner el puchero quedó olvidado al saber que uno de los antepasados había sido compañero de un Rey. — Desearía conocer á su sobrina. — Nada más fácil, — contestó el médico, — porque esta semana pienso ir á Barcelona y traérmela, para que se distraiga de unos amores contrariados. — ¿Amores contrariados? — Doña María contó sus cuitas al médico y se llevó más de una vez el pañuelo á los ojos, que se le anegaban en lágrimas al narrar los de su hijo con una

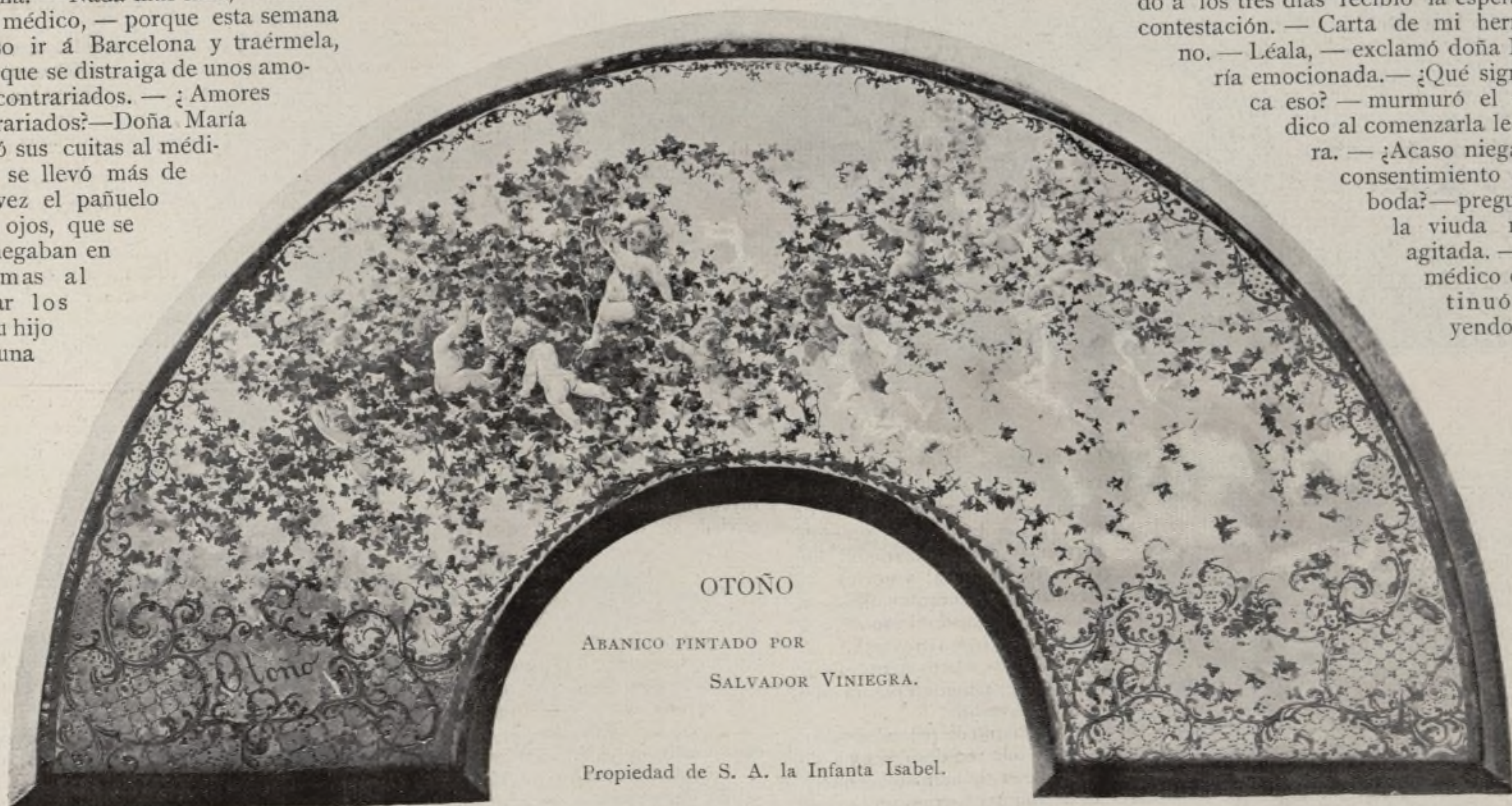
quien dió el brazo á la madre al subir la escalera de la casa señorial. En eso despertó y se dijo: «Prescindiendo del padrino, que por haber muerto no ha de asistir á la boda, el sueño podría convertirse en realidad si mi hijo quisiese. » Pero Mariano estaba cada vez más triste, y ni siquiera hallaba distracción en las cacerías, á pesar de que mataba muchos conejos, gracias á que Perico, uno del pueblo que siempre buscaba la manera de ganarse una peseta, había recibido de la viuda el encargo de salir con conejos caseros metidos en un saco y soltarlos en el cazadero, poniendo sumo cuidado en la operación, para que Mariano no se enterase de la superchería.

Fué el médico á Barcelona y regresó con la sobrina, alta, con ojazos negros como el puño, cara que revelaba bondad y maneras que indicaban modestia. Se ganó la voluntad de doña María, quien dijo al médico que: — ¡Ojalá pudiera realizarse su propósito! — ¿Qué propósito? — Casarlos. — Señora, lo dije burla burlando. — Pues yo hablo en serio. — Soy viudo, y lo mío á la sobrina irá; poco es, pero no de despreciar. — Doña María, así como quien no quiere la cosa, hizo alguna insinuación á su hijo: — Desciende de un compañero de aquel rey que tiene una estatua en la plaza de San Jaime. — Mamá, yo no he de casarme con la estatua. — ¡Serías noble! — Me va bien en el estado de mi padre. — Cuando una mujer se empeña en una cosa, es de temer. La viuda convidó á comer al médico y á su hija, pero Mariano pretextó estar enfermo y se empeñó en no salir de su cuarto, desbaratando los planes de la madre, que quería se viesen; pero la curiosidad obligó á Mariano á atisbar á aquella, á quien su madre le destinaba por esposa, y cuando la vió venir acompañada de su tío...

No es fácil dar cuenta de las emociones del joven al reconocer en la sobrina del médico á Josefina, de modo, que su madre estaba empeñada en que se casara con la misma á quien rechazaba. Mariano hubiera deseado volar á su encuentro, pero se dió cuenta de la situación, y temeroso de que Josefina no pudiese dominar su emoción al verle, no salió de su aposento hasta que los convidados se hubieron marchado. Le reprochó doña María su proceder, que pecaba de descortés, y le elogió á la joven. Se sinceró Mariano, y por complacer á su madre ofreció hacer en el acto una visita al médico. Observó la viuda que su hijo estaba muy contento y se dijo: — ¡Quién sabe! — Y al mismo tiempo que eso decía, sus ojos se fijaban en el escudo de los Mafortas.

Desde aquel día fueron frecuentes las visitas, y se estableció tal intimidad, que parecía que las dos familias formaban una sola. Contento estaba Mariano, más su madre, y el médico escribió á su hermano anunciándole que Josefina estaba muy mejorada y ya no se acordaba de sus antiguos amores. — Don Antonio, — dijo doña María al médico, — me parece que esto acaba en boda. — Lo mismo opino, doña María; y me alegraré de que así sea, por dar en la cabeza á la imbécil y presumida señora, que se opuso á que su hijo se casara con mi sobrina. — Pues yo deseo avergonzar á la chiquilla que se había propuesto casarse con Mariano. — Este se hizo de rogar por su madre, aparentó que iba cediendo, y al mes, dijo: — Mamá, por complacer á usted me casaré con ella. — Doña María le abrazó, le llenó de besos, llamó al médico y le dijo: — Es necesario casarlos cuanto antes. — Señora, hay que contar con el padre. Hoy mismo escribo á mi hermano; y no se hará esperar la respuesta.

En su casa estaba doña María, cuando á los tres días recibió la esperada contestación. — Carta de mi hermano. — Léala, — exclamó doña María emocionada. — ¿Qué significa eso? — murmuró el médico al comenzarla lectura. — ¿Acaso niega su consentimiento á la boda? — preguntó la viuda muy agitada. — El médico continuó leyendo, sin



cualquiera. ¡Con qué desprecio decía la viuda: — Una cualquiera! — Señora, — exclamó el médico, riendo: — la manera más segura de curar á su hijo y á mi sobrina, sería que se enamoraran y casaran. —

La idea, soltada en broma, quedó encallada en el cerebro de doña María, que soñó aquella noche que su hijo se casaba con la heredera de los Mafortas, siendo padrino de la boda Don Jaime el Conquistador,

hacer caso del estado nervioso de doña María, que temía ver desvanecidas todas sus ilusiones, que consistían en el matrimonio de su hijo con la heredera de los Mafortas; pero como expresaba sus impresiones por medio de exclamaciones, aumentaba la magnitud de la madre de Mariano. Al acabar la lectura, el médico soltó una sonora carcajada. — ¡Por Dios! ¡qué dice su hermano! — ¡Buena la hemos hecho, señora! — repetía el médico

cuando podía contener la risa, que luego volvía á sacudirle: — ¡Buena la hemos hecho! — ¿Qué es lo que hemos hecho? — Oiga usted:

«Querido hermano: tú estás loco al escribir ó yo al leer, porque si envié á Josefina al pueblo para que olvidase á Mariano Romeral, al enterarme de que la madre de éste no quería que se casara con la hija de un mísero tendero; ¿cómo es posible que sea cosa de cuerdos lo que me dices del entusiasmo de doña María por la boda...?» Interrumpió la lectura doña María exclamando: — ¿Entonces, ella, es ella? — De eso no cabe duda, — contestó el médico. — ¡Nos la han jugado de puño! — dijo la viuda, riendo. — ¡Josefina! — gritó el médico. — Presentóse ésta temblorosa,

porque sabía que la carta de su padre había de aclararlo todo; pero el recelo se convirtió en júbilo al hallarse en brazos de doña María que la decía: — ¡Miren la mosquita muerta! —

Entró en aquel momento Mariano. — Hijo mío, he reflexionado y desisto de tu boda con la sobrina del señor médico; y puesto que tanto amas á Josefina, doy mi consentimiento para que te cases con ella.

A tales palabras, siguieron abrazos á la madre y futura suegra, y lagrimas. Al medio año se casaron, y el verano siguiente lo pasaron los novios y doña María en la casa solariega de los Mafortas, que había sido restaurada y había recobrado su antiguo aspecto de mansión señorial.

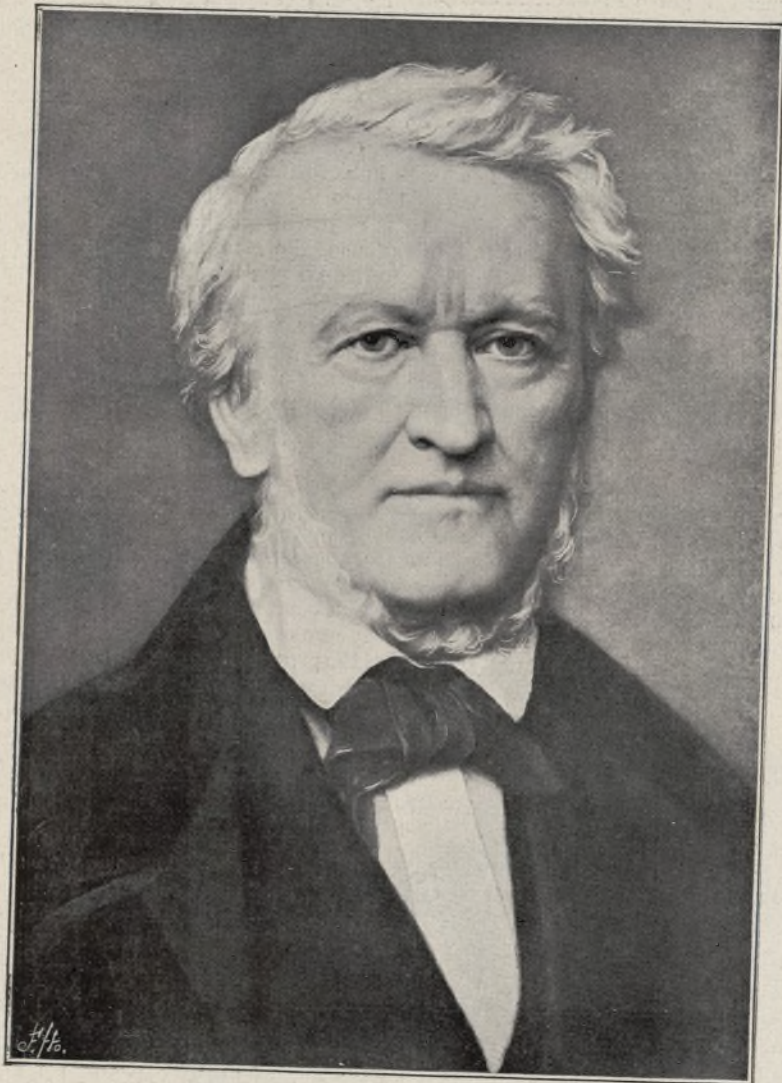
TEODORO BARÓ

LA WALKYRIA

La grandiosa tetralogía *El Anillo del Nibelungo*, es la obra de toda la vida de Wagner.

Engendrada en su mente joven la trama del simbólico argumento, acaso para desarrollarlo solamente en la forma dramática, fué germinando en las células de aquel cerebro privilegiado, transformándose de vago deseo en imperioso mandato, y llegando á absorber tan por completo sus energías, que, á la vuelta de algunas vacilaciones y desalentos, entregóse el maestro de Bayreuth, con toda su alma y con toda su experiencia, á la elaboración definitiva de esa obra colosal cuyos personajes son héroes y dioses, y que tiene por escenario las cercanías del monte sagrado del Walhalla.

Los dramas que componen la tetralogía son: *El Ora del Rhin*, que representa el nacimiento de las primeras luchas por el influjo del oro, que el gnom Albero



RICARDO WAGNER. Autor de «La Walkyria».

arrebata á las ondinas sus guardadoras; *La Walkyria*, acción sobrenatural humanizada por modo portentoso, en la que el dios Wotan manda á la predilecta de sus nueve hijas, la walkyria Brunilda, que evite los amores incestuosos y adúlteros de Sigfrido y Sigelinda, siendo la walkyria castigada por su desobediencia y presa de un sueño que vela el fuego encantado; *Sigfrido*, el héroe más extraordinario, el hijo de Sigelinda, matador del dragón *Fafner*, y libertador de Brunilda; y por fin, *El crepúsculo de los dioses*, epílogo grandioso de aquel reinado de venturosas deidades que ven devorado por las llamas de la pira alimentada por la misma Brunilda con su cuerpo, el sagrado recinto del Walhalla, que á tan alto precio construyeran.

En el Liceo se ha representado solamente la segunda de las cuatro partes de la obra, y la fecha del 25 de Enero de 1899 será la recordación imperdurable de uno de los acontecimientos musicales de mayor importancia en Barcelona.

En el primer acto de *La Walkyria*, aparece la cabaña habitada por el cazador *Hunding*, á la que se acoge el guerrero Sigfrido, llegando á ella rendido, extenuado y sin armas. Conoce á Sigelinda, la esposa de *Hunding*, que es su hermana gemela, y conolido de sus pesares, á la par que enamorado de su singular hermosura, arranca del tronco del Fresno que sostiene la cabaña, la espada encantada *Nothung*, y con ella ofrece defender á Sigelinda; escapando de aquella casa después de entonar el sublime canto de «la primavera».

La música de este primer acto es un admirable crescendo en el que se inicia el motivo de un canto de amor y de guerra que vaga por toda la labor de la orquesta, tomando cuerpo y estallando al final en un himno de juventud y de vida que parece disipar la sombría y tétrica impresión de las primeras escenas, en las cuales la orquesta describe magistralmente la situación psíquica de los personajes.

El segundo acto se desarrolla en un agreste monte cercano al Walhalla, donde Wotan el señor y maestro de los dioses afortunados, encarga á su hija que vele por Sigfrido; pero Tricka su esposa, la Juno germánica, le obliga á revocar ese mandato,

encargando á Brunilda que haga que Sigfrido sucumba en su duelo con el burlado *Hunding*, y queden así evitados aquellos amores incestuosos. Brunilda, enternecida por la pasión de los dos amantes, desobedeciendo á su padre, defiende á Sigfrido; pero aparece en las nubes Wotan en persona, quien hace que *Hunding* hiera á su adversario. Wotan al contemplar á su gentil hijo muerto, se arrebata de cólera y dirige á *Hunding* una mirada tan saturada de tremenda ira que éste no la puede resistir y cae desplomado en tierra.

La parte musical de este segundo acto adolece de alguna monotonía al principio; más por la persistente forma dialogada en larguísima períodos que por la labor de la orquesta, no exenta de bellezas de primer orden.

La acción del tercer acto se reduce al castigo de Brunilda.

En la cumbre de la montaña sagrada van reuniéndose las walkyrias, cabalgando por las nubes sobre briosos corceles y conduciendo al Walhalla los cuerpos de los héroes muertos en el combate. Han llegado ya ocho de las nueve hermanas, y al comparecer Brunilda, no trae el hercúleo cuerpo de ningún héroe, sino el delicado de la desventurada Sigelinda.

Brunilda pide consejo y protección á sus hermanas, las cuales no se atreven á afrontar las iras de su padre, y vuelven á cabalgar por las nubes, después de oír de boca de Wotan el terrible anatema lanzado contra la desobediente walkyria.

Wotan llama á Loge, el dios del fuego y de las sutilezas, y le conjura á que rodee el cuerpo de Brunilda, que presa de fatal letargo, pertenecerá al hombre que llegue á despertarla, atravesando aquel inmenso lecho de perdurables llamas.

Todo este tercer acto es de una grandiosidad sublime. La cabalgata de las walkyrias constituye la página de mayor impresión estética que se haya escrito jamás. Y las súplicas de Brunilda, la maldición de Wotan, la tierna despedida de los dos y el encantamiento del fuego, son obras todas de un efecto escénico que llegan al paroxismo de la sugestión de lo grandioso, logrado por el desarrollo de motivos musicales limpios, francos é inspiradísimos.

La representación en la noche de su estreno fué un verdadero acontecimiento. La hermosa sala del Gran Teatro del Liceo estaba cuajada de selecta concurrencia, como en funciones de gala. El público demostró, á la par que rara ilustración, gran sensatez, ya aplaudiendo con entusiasmo las bellezas que comprendía sin rodeos, ya escuchando con respeto las páginas que, sin asimilarse del todo, le permitían adivinar mayor sensación en audiciones sucesivas.

El más festejado de los artistas fué el célebre maestro José Mertens, quien condujo la orquesta y toda la representación con tanta valentía y acierto que no dejó falta de brillantez ni en una sola de las bellezas de la obra. Músico eminente y fanático del arte serio, Mertens tiene, aparte de un indiscutible talento, la inapreciable condición de una gran sinceridad artística: así todos sus triunfos son victorias ganadas en buena lid, y como á tales duraderas y completas.

La señorita Adini encarnó el papel de Brunilda, haciendo de él una verdadera creación y demostrando ser á la par que una cantante de hermosa y extensa voz, una actriz dramática muy notable y una mujer preciosísima.

La señorita Corsi estuvo deliciosamente inspirada, en el papel de Sigelinda, diciéndole toda la partitura con gran ternura y sentimiento.

La señorita Lucacevsky en los papeles de *Fricka* y de *Sigrunna*, y las señoritas Orcece, (*Elmoige*), Italiano (*Ortlinda*), Samelly (*Guechilda*), Filiberti (*Rosswiese*), Rochelle (*Woltrunda*), Ballier (*Guinguerda*) y Chives (*Schwertleita*), cooperaron con acierto y discreción al conjunto de la obra.

El tenor Lafarge hizo un Sigfrido notable, y aunque adolece algo de la escuela francesa, en el primero y segundo actos estuvo muy bien.

Scarneo dijo con singular acierto el papel de *Hunding*, y Guccarini lució en la difícil parte de Wotan todo el talento de sus estudios y la extensión de su hermosa voz, logrando con la señorita Adini un gran éxito en el último acto.

Para todos ellos une el ALBUM SALÓN sus aplausos á los aplausos unánimes del público, aplaudiendo también á la empresa, ya que no por la deficiente manera como presentó la obra en los dos últimos actos, á lo menos y con justicia, por haber dado á conocer una de las concepciones más completas y grandiosas que haya producido el ingenio humano.

A. B. JORRO

Para dar cabida á la anterior revista de «La Walkyria» y al retrato de su ilustre autor, nos ha sido preciso modificar un tanto el sumario anunciado, como habrán advertido nuestros suscriptores, habiendo retirado también la Gavota de Federico Alfonso que debía acompañar á este número — y figurará en el siguiente, — substituyéndola por la adjunta importante pieza de dicha obra, que á este objeto nos han enviado sus deferentes editores, los señores Schott, hermanos, de Maguncia.

SUMARIO DEL NUMERO PROXIMO

CUBIERTA EN COLOR; de Dionisio Baixeras.

El carbonero y la hija de la molinera. — Caricaturas de Fernando Xumetra.

PÁGINAS EN COLOR. — Excelentísimo señor don Manuel Girona. — Retrato y artículo biográfico; de Antonio Astort.

Del natural. — Cuadro de Ramón Alsina.

¡Tarde vienes hoy! — Cuadro de María de la Visitación Ubach.

Efemérides ilustradas. — *Prisión de Francisco I en Pavía*, cuadro de M. Alcázar con un artículo de E. Rodríguez Solís.

PÁGINAS EN NEGRO. — *El final de Carmen*. — Cuadro de E. Alvarez Dumont.

Español y parisién. — Artículo de Emilia Pardo Bazán.

En la torre. — Dibujo y composición de B. Gili Roig.

Españoles en América. — Retratos y artículo de M. Escalante Gómez.

Perchaleras; por Narciso Díaz de Escovar.

La caridad. — Poesía de Fernando Franco Fernández.

Paisaje asturiano. — Cuadro de Enrique Martínez Cubells.

Las dos Rosas. — Artículo de E. Loring.

La cadena de la vida. — Artículo de Eduardo Montesinos, ilustrado por A. Seriffá.

Madrid elegante; por Montecristo.

«Escribidme una carta, señor cura». — Cuadro de Eduardo Vassallo.

REGALO. — Gavota para piano, original de Federico Alfonso.

Impreso por F. Giró. — Papel de Torres Hermanos, Sucesores. — Litografía Labielle.

Mosaicos Hidráulicos

— DE —
Orsola, Solá y Compañía

Superiores en BELLEZA, SOLIDEZ y ECONOMÍA á cuantos se fabrican en España. Unica casa que ha obtenido las más altas recompensas en las Exposiciones Universales de BARCELONA, 1888, PARIS 1889, y CHICAGO 1893.

— DESPACHO: —
2, Plaza de la Universidad, 2
— BARCELONA —

NAUSEOFEN
DEL DR. BR...
Elixir de éxito
Seguro para curar
y evitar el
MAREO
Pelayo 6 bis. BARCELONA

¡VIVA EL AGRADECIMIENTO!, por FRADERA.



—¿No lo dije? Una noche superior...



—¡Vaya una tajá! En cuanto vea á Emilio le doy dos morrás por la noche que me está proporcionando...



—¡Toma, para que aprendas á prestar duros... Sólo filántropo.

HIGIENE RAZONADA DE LA BOCA

— ó sea —
CONSEJOS UTILES PARA SU CONSERVACION

— POR —
JOSE BONIQUET

Médico-Dentista.
Obra de suma utilidad para todas las clases sociales, lujosamente editada é ilustrada con gran número de grabados. — PRECIO: 2'50 PESETAS.
Se vende en las principales librerías y en el domicilio del autor.

PELAYO, 54, PRAL. BARCELONA

JUAN B. PUJOL & C.^A EDITORES

1 y 3, Puerta del Angel, 1 y 3 * BARCELONA

MÚSICA DE TODOS GÉNEROS Y PAÍSES

PIANOS, ARMONIOS, ÓRGANOS É INSTRUMENTOS DE ORQUESTA Y BANDA
REPRESENTACIÓN Y DEPÓSITO DE LAS PRINCIPALES CASAS EXTRANJERAS

CONTRATAS ESPECIALES — COMPRAS DIRECTAS

Agentes en Paris, Bruselas, Berlin, Leipzig,
Hamburgo, Londres, Milán y Viena.

Precios los más económicos y existencias las más importantes de la Península.

CATÁLOGOS GRATIS EXPEDICIONES DIARIAS



LICOR BREA MÚNERA

22 AÑOS DE ÉXITO

Gran premio Exposición de Paris

Miembro del Jurado en Londres

Diploma de Honor en Bruselas

El **LICOR BREA MÚNERA** es el que mejor combate los catarros crónicos, toses rebeldes, espectoraciones abundantes, asma, bronquitis y demás afecciones del tubo respiratorio. Preserva del tífus, es útil en los catarros de la vejiga, purifica la sangre de sus malos humores y tiene una acción tónica sobre el organismo, de tal suerte, que con su uso se abre el apetito.

Enfermos cansados de tomar otras medicinas, han recurrido al **LICOR BREA MÚNERA** y con su benéfico influjo han recuperado el don más precioso de la vida, que es la salud.

No debe confundirse el **LICOR BREA MÚNERA** con otros que llevan nombres parecidos.

Farmacia del Autor: *PASEO DE GRACIA, N.º 24*

JUAN FRANQUESA

ALMACÉN DE MUEBLES

VENTA A PLAZOS Y AL CONTADO

SAN PABLO, 28 Esquina Arco de San Agustín BARCELONA

OBESIDAD

tratada con éxito desde hace 30 años con las

PILDORAS

de **REDUCCIÓN DE MARIENBAD**

Son también muy eficaces para combatir el estreñimiento y purgan con suavidad y sin cólicos.

PARIS, 8, rue Vivienne. — En las principales Farmacias.

Historia del general

DON JUAN PRIM

por FRANCISCO JOSÉ ORELLANA

Semanalmente y sin interrupción se publica un cuaderno que vale **Un real**, a pesar de contener dieciséis páginas de texto, ó bien ocho y un rico cromó.

¡ESTÓMAGO ARTIFICIAL!

ó **POLVOS** del **DR. KUNTZ** es un preparado incomparable para la cura de todas las dolencias del estómago ó intestinos, por antiguas que sean. Los vómitos, acedias, ardores, pesadez, flatos, dolores de estómago, cintura, etc., etc., así que diarreas ó estreñimientos, desaparecen á la primera dosis. Éxito seguro. Caja 7'50; media caja, 4 pesetas, en farmacias y Madrid, Arenal, 2, Barcelona, Rambla Flores, 4. Pídanse FOLLETOS

SUCESORES DE V. DE HAAS

Rambla de Estudios, 11, BARCELONA

Pianos armonios y órganos de las mejores fábricas del País y Extranjero.

Representantes con exclusivas para España y Ultramar, de los magníficos pianos

• WONDERSOCH •

á precios sin competencia.

AGENTES DE LAS MEJORES FÁBRICAS DE INSTRUMENTOS PARA BANDA Y ORQUESTA

MUSICA Y ACCESORIOS DE TODAS CLASES

ESPECIALIDAD EN GUITARRAS DE CONCIERTO

PRECIOS LOS MAS ECONOMICOS

CASA FUNDADA EN 1862



PIANOS

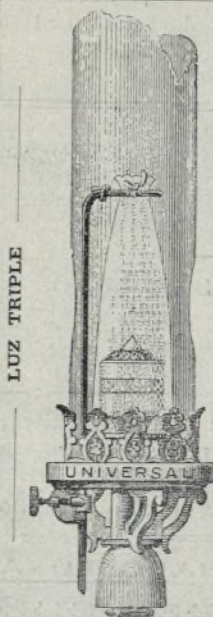
FORTUNY 3 BARCELONA
PIANOS DE COLA Y VERTICALES
A CUERDAS CRUZADAS Y CUADRO DE HIERRO
ESTILO NORTE AMERICANO
SE REMITEN CATÁLOGOS

Imprenta á c. de F. GIRÓ

Casa especial para Ilustraciones.

PREMIADA CON MEDALLA DE ORO

Exposición Universal de Barcelona de 1888



MECHERO UNIVERSAL M. GRISAU

Sociedad en Cta.

DESPACHO: 11, BALMES

BARCELONA

Tip. «La Ilustración», á c. F. Giró, calle de Valencia, 311, Barcelona.